

7. El cuerpo unificado de Cristo

Efesios 4:1-16

Nuestra familia se mudó una vez a The School House, en el pintoresco pueblo de Cressbrook, cerca de Buxton, en el Peak District de Inglaterra. Trasludamos nuestras pocas maletas y cajas de mudanza a la antigua casa nueva. Tenía paredes de un poco más de medio metro de grosor y cinco niveles desiguales, pero fue una bendición para nosotros. Era cómoda, estaba bien amueblada, e incluía algunos libros y pequeños adornos. Nos instalamos y pronto descubrimos que nuestro hogar era algo más que una gran casa con terraza; nos mudábulos a un pueblo con su propia cultura, historia, gente interesante para conocer y muchas historias que contar. Mudarse a una casa puede llevar unos días; mudarse a un pueblo lleva mucho más tiempo. Es un proceso lento de largos paseos por el valle, encuentros casuales en la calle, juegos con amigos (en el caso de los niños) y participación en eventos públicos.

En los capítulos 1 al 3 de Efesios, Pablo se dirige a personas que han experimentado un dramático traslado a un nuevo lugar. Tras haber habitado en la tierra de la muerte, los delitos y los pecados (Efe. 2:1), ahora viven en un lugar nuevo, “en Cristo” (vers. 4-10), y han sido adoptados en la familia de Dios (vers. 19). Ahora, sin embargo, viene el trabajo más arduo y complejo de trasladarse a la aldea cristiana, señalado por un significativo cambio de tono entre los capítulos 3 y 4. Hasta este punto, Pablo ha ofrecido “una exuberante exploración de quién es Dios y de cómo actúa”. ¡Ha estado predicando! Con una “exuberancia audaz, urgente, entusiasta y extravagante”, Pablo ha descrito el destino al que se han trasladado los

creyentes, que ahora están “en Cristo” y en la iglesia. Ahora, adopta un “tono más tranquilo y coloquial”, como indica su introducción: “Así, yo, preso en el Señor, les ruego que anden como es digno de la vocación a que fueron llamados” (Efe. 4:1). Alienta a los creyentes a mudarse a una aldea moldeada a imagen de Cristo. Los invita a participar de una conversación profunda, reflexiva e íntima sobre lo que significa estar “en Cristo”.²⁴

La aldea cristiana

Bien temprano en nuestra primera mañana de Navidad, celebramos una antigua tradición de Cressbrook. La banda de música del pueblo se presentó en uniforme de gala y comenzó a tocar una alegre melodía navideña. Su breve interpretación de los villancicos populares fue seguida de un momento de confraternización, junto a los miembros de la banda en la calle. Esta agradable sorpresa navideña fue una invitación a vivir en comunidad; y Pablo comienza el pasaje que estamos estudiando con ese mismo enfoque. Basándose en el tema central de su carta, insta a los creyentes a “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (vers. 1-3).

Luego viene la música. La aldea cristiana también tiene sus melodías favoritas, y Pablo entona ahora una de ellas, cuyos versos afirman su exhortación y celebran la unidad de la iglesia: “Hay un solo cuerpo, y un solo Espíritu, como también ustedes fueron llamados a una misma esperanza de su vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (vers. 4-6). En el himno, celebramos la unidad de la iglesia como la comunidad creada por Cristo en la Cruz. Esta unidad no es obra nuestra, sino de Dios. Independientemente de lo bien que podamos llevarla a la práctica, nuestra unidad en estos siete puntos que menciona Pablo es una realidad creada divinamente. Somos uno porque Dios nos ha hecho uno.

Cuando te mudas a un pueblo nuevo, es importante familiarizarte con quién dirige el lugar. ¿Quién es el alcalde? ¿Quiénes son los miembros del consejo municipal? ¿Quién se encarga de la recolección de residuos? ¿Quién es el cartero? Pablo dedica la mayor parte del pasaje que venimos analizando (versículos 7 al 16) a explorar cómo se gestiona la aldea cristiana, la iglesia. Su introducción es sumamente importante, ya que revela el singular modelo de organización del personal de la aldea cristiana: “Sin embargo, a cada uno de nosotros le ha sido dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo” (vers. 7).

La iglesia, como humanidad nueva y unificada creada por Cristo en la Cruz (Efe. 2:14, 15), no depende de unos pocos miembros para realizar su labor; depende de todos. Como creyentes, tenemos muchas cosas en común, incluidas las siete cosas que Pablo acaba de celebrar con un cántico. Sin embargo, a cada miembro de la iglesia se le concede una “gracia” especial para el ministerio “según la medida del don de Cristo” (Efe. 4:7), frase que identifica al Cristo exaltado como aquel que otorga esta “gracia”. De esta manera, Pablo comienza este segmento de la carta (vers. 1-16) con la idea de que cada ciudadano desempeña un papel vital en la conducción de la aldea cristiana (vers. 7). Termina con la misma nota, expresando el concepto como parte de la metáfora del cuerpo. La iglesia debe funcionar como el cuerpo de Cristo; “cada parte, al cumplir con su función específica” (NTV), ayuda a “que la iglesia vaya creciendo y cobrando más fuerza por causa del amor” (vers. 16, TLA). A Dios no le interesa que su pueblo esté dominado por unos pocos, sino que todos sean activos, participen y se comprometan.

Los dones espirituales

El tema de los dones espirituales también se aborda en otros lugares del

Nuevo Testamento: Romanos 12:3 al 8; 1 Corintios 12; 14; y 1 Pedro 4:7 al 11. Estos pasajes señalan lo que es tan importante para Pablo en Efesios 4: que todos los miembros de la iglesia están equipados para participar en el ministerio. Los pasajes también proporcionan listas de los dones que les son otorgados. Cada lista presenta un conjunto diferente de dones (aunque el contenido de cada una de ellas es coincidente entre sí), lo que sugiere que ninguna de las listas es exhaustiva. Los dones que mencionan se dividen en dos grandes categorías: el “ministerio de la palabra” y el “ministerio de la acción” (por ejemplo, milagros, curaciones, administración, mostrar misericordia).²⁵ En la última mitad de Efesios, Pablo aludirá a los ministerios de la acción mencionados en estas otras listas de dones espirituales. Por ejemplo, Pablo podría estar refiriéndose al don de la dadivosidad (Rom. 12:8) en Efesios 4:28, “para tener con qué ayudar al necesitado”, y al don de la misericordia o compasión (Rom. 12:8) en Efesios 4:32: “Sean benignos, compasivos unos con otros, perdonándose unos a otros, como también Dios los perdonó en Cristo”.²⁶

Pablo se centra ahora en el “ministerio de la palabra” y en los “ministros de la palabra”. Comienza compartiendo un fragmento del Salmo 68, que revela una historia cuya amplitud y trascendencia es inversamente proporcional a la brevedad de la cita: “Cuando subió a lo alto, llevó cautivos consigo, y dio dones a los hombres” (Efe. 4:8; cita del Salmo 68:18). El sujeto de esta oración es Jehová, quien, como guerrero divino, ha entrado en el campo de batalla de la historia en defensa de su pueblo. Tras obtener una gran victoria, asciende por el “monte” hacia su capital (vers. 16), al frente de una hueste de los que ha hecho cautivos (vers. 18). Llegado a su capital, actúa como lo hacen los generales conquistadores en esos momentos: reparte regalos del botín capturado entre aquellos que lo han

ayudado a obtener la victoria.²⁷

Para Pablo, Jesús es aquel que asciende a las alturas del Cielo. Exaltado a la diestra del Padre, distribuye dones a su pueblo. Se trata de una nueva versión de la historia de Pentecostés –cuando Jesús, exaltado, derrama el Espíritu Santo como señal de su coronación–, en la que se narra la generosidad de Jesús, retratado como un general conquistador que recompensa a sus tropas. Hay giros emocionantes en la forma en que Pablo desarrolla la historia y la aplica al tema de los dones espirituales. Aquí, el Dador de los dones es el Jesús exaltado (comparar con 1 Corintios 12:4 al 11, donde el Espíritu otorga dones espirituales). Mientras que en otras partes del Nuevo Testamento los dones espirituales se conceden a las personas, aquí los dones son las personas. El Jesús exaltado entrega personas con dones a la iglesia: “Él mismo dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros” (Efe. 4:11).

Pablo escribe a los miembros laicos

Cuando nos mudamos a Cressbrook, nos encontramos viviendo aquel viejo chiste de que Estados Unidos e Inglaterra están “divididos por su lengua común”. Tuvimos que aprender un nuevo vocabulario. Un día, mientras paseábamos, conocimos a algunos de nuestros nuevos vecinos y aprendimos que esos loritos de su pajarera eran en realidad “periquitos”. En el mercado, descubrimos que una remolacha era una “betarraga” y que un durazno era un “melocotón”. En casa, nuestro bebé ya no dormía en una cuna, sino en un “catre”; y cuando limpiábamos los pisos, no les pasábamos el lampazo, sino el “trapeador”. Pero más difícil que aprender palabras nuevas era reaprender las antiguas, que ahora tenían significados muy diferentes.

Puesto que es el Jesús resucitado y conquistador quien nos entrega las personas con dones que se mencionan en Efesios 4:11 y 12, debemos prestar atención al vocabulario. La mayoría de los términos nos suenan familiares, especialmente “evangelistas”, “pastores” y “maestros”. Sabemos quiénes son esas personas. Un evangelista es una persona que organiza reuniones públicas de evangelización, invitando a la gente a aceptar el evangelio, abrazar la noticia de la segunda venida de Cristo y convertirse en miembros de la iglesia. Un pastor es alguien que predica en la iglesia, nutre a la congregación local y organiza los diversos ministerios dirigidos a la comunidad. Un maestro es alguien que enseña en una escuela de la iglesia. Todos ellos son profesionales remunerados, empleados de “la iglesia”.

Pablo escribe en un contexto muy diferente, mucho antes de que la iglesia se organizara con sedes para las asociaciones y con personal remunerado. No existía diferencia entre los “religiosos” y los “laicos”. Los términos que emplea el apóstol se utilizan de forma diferente. Todas las personas que menciona Pablo (apóstoles, profetas, evangelistas y pastores-maestros) son miembros de iglesia –lo que hoy llamaríamos “laicos”– que, además de ganarse la vida con sus oficios o profesiones, sirven como “ministros de la palabra”. Los “apóstoles” y los “evangelistas” se enfocan en el exterior, fomentando el crecimiento de la iglesia al atraer a los miembros de la comunidad a la fe en Cristo. Los “profetas” y los “pastores-maestros” (la sintaxis griega sugiere un grupo de personas, no dos) se centran en la propia comunidad cristiana: los profetas comparten mensajes de sabiduría divina y los pastores-maestros nutren e instruyen a los miembros de la iglesia. Supongamos que buscamos analogías con nuestra situación actual. En ese caso, podríamos pensar que estos “ministros de la palabra” incluyen al director del Ministerio Personal, a los miembros que dirigen ministerios

enfocados en la comunidad, a los ancianos y a los maestros de Escuela Sabática.

Pablo está especialmente interesado en un papel compartido por estos “ministros de la palabra” laicos como grupo: unir a los miembros de la iglesia para trabajar por la salud y el crecimiento del cuerpo (vers. 12, 13). A Pablo le preocupa que los miembros de la iglesia no valoren a estos “ministros de la palabra” como parte del tesoro proporcionado por el Jesús exaltado y conquistador. En consecuencia, recuerda a los miembros de la iglesia la importante función unificadora de estas personas que han recibido los dones espirituales. Al compartir mensajes marcados por la verdad y el discernimiento, reclutan y orientan a los creyentes, capacitándolos para contribuir a la unidad, la comunión y la misión cristianas (vers. 12, 13, 15 y 16), y ayudándoles a mantenerse alejados de vientos extraños de doctrina que podrían destruir su dedicación y utilidad (vers. 14).

Para visualizar la función unificadora de estos “ministros de la palabra”, Pablo amplía la metáfora del cuerpo –que ya había utilizado anteriormente (Rom. 12:4, 5; 1 Cor. 12:12-27)– de dos maneras. En primer lugar, identifica a Cristo como la “cabeza” del cuerpo. En lugar de ser presa de doctrinas erróneas, “crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es en Cristo” (vers. 15; cf. Col. 2:19). En segundo lugar, identifica a los “ministros de la palabra” como *haphai*, palabra griega que significa “ligamentos”, “tendones” o “articulaciones” (vers. 16; cf. Col. 2:19).²⁸ Los apóstoles, los profetas, los evangelistas y los pastores-maestros desempeñan un papel crucial y unificador como tejido conectivo que unifica las diversas partes del cuerpo y las une a la Cabeza del cuerpo, que es Cristo. Deben desempeñar este papel con el fin de ayudar a los creyentes a crecer juntos hacia “la madurez de la plenitud de Cristo” (vers. 13). Puesto que

perseguimos ese objetivo hasta la segunda venida de Jesús, esta descripción sugiere que las personas que recibieron dones deben permanecer activas en la iglesia de Dios hasta entonces.

No debemos pasar por alto la visión global y transformadora que Pablo expone en su nuevo enfoque de los dones espirituales. El apóstol nos invita a considerar a los demás miembros de la iglesia desde un nuevo punto de vista. Con demasiada frecuencia, observamos a nuestros hermanos de iglesia a través de la lente de alguna falta o defecto que poseen. Pablo nos invita, en cambio, a considerar que cada miembro de la iglesia ha sido dotado por el Espíritu Santo con cualidades y habilidades específicas que pueden ayudar a fomentar la hermandad de los creyentes (vers. 7, 16). Al mismo tiempo, nos insta a apreciar a cada miembro de la iglesia como un don especial y valioso, otorgado por el Jesús exaltado desde su posición en el Trono celestial (vers. 8, 11, 12). ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo es exaltado como Corregente del universo! ¡Cristo nos ha entregado dones valiosos y preciados: nuestros hermanos de iglesia! A la luz de la exaltación y la conquista de Cristo, aprendemos a vernos unos a otros como parte del tesoro que él ha compartido con su iglesia.

El visitante real

Durante algún tiempo después de regresar de Inglaterra, mantuvimos correspondencia con una familia de Cressbrook que había llegado a ser muy especial para nosotros: Chris, Jean y Sophie Holmes. En una carta de Navidad, Chris compartió noticias sobre todos nuestros amigos del vecindario donde habíamos vivido. En medio de la carta, había un mensaje escueto y sutil: “Quizá les interese saber que sus amigos por correspondencia han recibido a la duquesa de Devonshire para tomar el té de la tarde”. Era una nota breve, sin ningún matiz de presunción. Debajo de

esa declaración anodina, podíamos ver la chispa de emoción en los ojos de Chris y la expresión de alegría en el rostro de Jean. La duquesa de Devonshire era miembro de la realeza y propietaria de grandes extensiones del condado de Derbyshire y de Chatsworth House, una de las propiedades que formaba parte de la media docena de “casas del tesoro” de Inglaterra. En la silenciosa declaración de Chris, pudimos oír la desbordante alegría de compartir su humilde morada con la realeza. ¡Qué emoción la de recibir a un invitado de la realeza en su casa durante unos minutos! ¡Un privilegio único en la vida!

Nosotros, los creyentes, tenemos el privilegio de recibir a un Visitante de la realeza, no simplemente por una tarde, sino como un invitado permanente y cercano. Cristo desciende a nosotros en el Espíritu y habita “por la fe en [nuestro] corazón” (Efe. 3:17). Nos trae dones en la persona de nuestros hermanos de iglesia, presentándolos como los valiosos tesoros que son.

A medida que promovemos su presencia en nuestra vida y en nuestras congregaciones, y nos beneficiamos del ministerio de nuestros hermanos de iglesia, llegamos a disfrutar de “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efe. 4:3) y a experimentar el crecimiento en “aquel que es la cabeza, esto es, en Cristo, de quien todo el cuerpo, bien ajustado y unido por todos los ligamentos que lo mantienen, según la acción propia de cada miembro, crece para edificarse en amor” (vers. 15, 16). ¡Una realidad tan maravillosa puede ponerle una chispa de emoción a tus ojos!